

Pregón de Fiestas de San Agustín 2022 – Montserrat Iglesias Berzal

Estimado alcalde pedáneo, estimados miembros de la corporación municipal, queridos vecinos de La Vid, familiares, amigos, visitantes y todos los que, por los más diversos motivos, os habéis acercado a esta plaza para asistir al inicio de las Fiestas patronales de San Agustín 2022:

Permitidme primero expresar mi agradecimiento a aquellos que sugirieron y tomaron la insensata decisión de encargarme el pregón de estas fiestas. No me extrañaría que dentro de diez minutos estuviesen profundamente arrepentidos, pero eso no rebajará ni un ápice mi agradecimiento por un honor que considero claramente inmerecido. De mis pocos méritos para realizar este pregón hablaré después, ahora dejadme que me centre en el agradecimiento.

El cartel de fiestas me presenta como «autora de *La marca del agua*», pero cuando yo no era autora de nada, sino solo «la sobrina del Aris» —la alta, sí; porque la simpática, desde luego, es mi hermana mayor—, y *La marca* apenas era una obsesión en pañales, recibí el apoyo incondicional de este Ayuntamiento en las personas de su alcaldesa, Arantxa Hernanpérez, y de la secretaria de la corporación, Rosa del Barrio, que no me pusieron pega alguna para que buceara en la escasa documentación que queda de Linares del Arroyo y en la que existe de los primeros años de La Vid. Todavía recuerdo con un miedo impreciso a una señora de Zuzones que no dejaba de mirar por la ventana del salón contiguo al archivo con el firme propósito de descubrir mis segurísimas malas intenciones. Hasta el punto de que, un poquito amedrentada, subí al despacho de Rosa para advertirle del inquisitivo e insistente celo fenestril de aquella señora. Rosa, casi sin apartar la vista de lo que estaba haciendo, contestó: «Ni caso. Déjame a mí las ventanas». Desde entonces, cada vez que un alumno se me acerca con una preocupación relacionada con el interés del prójimo, también respondo «Déjame a mí las ventanas» y me acuerdo de Rosa, de su ayuda y de los primeros pasos de la novela.

Debo hacer extensivo este agradecimiento a todos a los que pregunté durante aquellos primeros momentos acerca de Linares y del pantano que lo inundó, y que me proporcionaron, sin cuestionarse cómo ni en qué los iba a utilizar, fotos y documentos. Pero, sobre todo, me contaron generosamente su historia y sus anécdotas, que, aunque no aparezcan en la novela, le dieron a la obra un sentimiento y un tono; algo mucho más importante, os lo puedo asegurar, que cualquier trama. No puedo dejar de nombrar a María Moral, quien, no solo me

entregó papeles y me dio detalles del antiguo pueblo, sino que también, sin pretenderlo, me regaló la mejor metáfora y el título de la novela al hablarme de esa piedra que ponían los linarenses para saber cuándo debían desalojar sus casas. Muchas gracias, María. Te aseguro que, si la gratitud alargase la vida, vivirías por lo menos hasta los ciento treinta.

Y, por supuesto, mil gracias a los que estáis aquí por la generosidad con la que habéis recibido el libro. Tal vez no lo haya sabido expresar durante estos meses, pero, de todas las opiniones, la que más me preocupaba era la vuestra. Para mí hubiese sido un desastre que *La marca del agua* hubiera producido malestar entre vosotros, que hubieseis sentido que vuestro pasado había sido mancillado para convertirlo en una historia de absoluta ficción. Aunque tenga la certeza de que es en la ficción donde realmente vive la verdad más íntima de las cosas, no puedo pretender que todo el mundo lo entienda así, y veros emocionados y felices el día que presentamos el libro en la Casona convirtió ese momento en uno de los mejores de mi vida. Recuerdo especialmente a Juan Carlos Moral que, conmovido — no sabía que los señores tan grandes podían tener un corazón tan poroso—, me explicó que leyendo el libro se le habían vuelto a hacer presentes lo que le contaba su abuelo cuando era niño, los lugares a donde le acompañaba, todo lo que había compartido con él. Respiré aliviada, pues eso es lo que debe conseguir la literatura: que el lector conecte con su esencia propia y verdadera por medio de una historia extraña y falsa.

Me imagino que la corporación municipal ya ha empezado a arrepentirse desde hace minuto y medio de haberme hecho este encargo, y que más de uno se está preguntando: «Muy bien, muy bien lo del librito, y muy agradecida esta señora, pero ¿el pregón para cuándo?» Siento comunicaros que esto no va a mejorar gran cosa, pues, como sugerí al principio, soy la persona menos indicada para hacer el pregón de estas fiestas. No es una frase hecha, ni falsa modestia, ni lo que los clásicos llamaban una *captatio benevolentiae*; es la pura verdad y no me queda más remedio que reconocerla porque desde que tenía cinco años sé que la gente de aquí no se deja endosar fácilmente una mentira.

Mi primer recuerdo de La Vid, que no sean sensaciones casi físicas como el sonido de un reloj de pared, el reflejo amarillo del sol en un muro enjalbegado, el olor a fruta verde de una parra, o el contacto resbaladizo del cieno sobre el lecho del río, se remonta a esa edad en la que todavía piensas que tu mundo cotidiano es el único

posible. Mi mundo era el de un barrio del extrarradio de Madrid con torres altas y mucho asfalto, por lo que el mundo del abuelo era como viajar por la Tierra Media. Lo que más me fascinaba era el portalón verde del corral: esa puerta inmensa por la que se salía directamente a la calle con solo tirar de una rugosa anilla de hierro. Ese portalón no daba, como la puerta de Madrid, a un ascensor, ni a un descansillo, ni a una escalera, ni a un vestíbulo que conducía a otro vestíbulo que llevaba, a su vez, a otra puerta, como si en la ciudad se hubiese decidido esconder el mundo exterior tras un laberinto. En la casa del abuelo abrías la puerta y allí estaba la vida. Y yo me hubiese pasado todos aquellos días de verano de mi primera infancia abriendo y cerrando la puerta para descubrir lo cerca que se podía estar de la vida. El problema era que tenía prohibida tan inocente costumbre antes de que mi madre me pusiese el desayuno, lavara, vistiera, peinara y requete maqueara, porque, decía mi madre, en el pueblo no se puede estar «de cualquier manera». Yo, por supuesto, desobedecía y en cuanto mi madre entraba a arreglar la casa, hacía los correspondientes honores al portalón verde y saltaba de la calle al corral, del corral a la calle, hasta que mi madre me llamaba y le tenía que decir que había tardado porque estaba subida a la conejera. Pero un día, mi mala suerte hizo que también en la puerta estuviese una de las vecinas. No sé si fue Margarita o Marisol; en aquella época las confundía y en el recuerdo se quedaron también revueltas. La que fuera de las dos me preguntó: «¿Qué haces en pijama?». Supe que la había liado. Seguro que aquella niña me delataría y, de inmediato, caería sobre mí la implacable justicia materna. Sin embargo, en lugar de pedir clemencia o buscar su complicidad en mi delito, preferí mentir. Al fin y al cabo, si el mundo de La Vid era para mí tan distinto, ¿el mío no sería para ella también completamente ajeno?: «En Madrid esto no es un pijama», le dije. Margarita, o tal vez Marisol, me observó durante unos segundos y, con un aplomo que me disuadió de mentir nunca más en este pueblo, me contestó mientras volvía a entrar en su casa: «Eso es un pijama en cualquier parte».

Me sentí descubierta y avergonzada. Sinceramente hubiese preferido la zapatilla de mi madre en una de sus incursiones relámpago. Por eso, este pregón no puede ser un panegírico a las fiestas de San Agustín en el que me invente recuerdos falsos sobre momentos que no existen. Si lo hiciese, me pondrías la cara colorada como lo hizo Marisol o Margarita a mis cinco años. Todo el que me conoce, y hasta el que me ha tratado poco, sabe que no he sido una participante fervorosa de las fiestas. Quizás porque en mi infancia nunca las viví y desde la muerte de mi abuelo, a los doce años, hasta que volvimos a pasar los veranos en La Vid, bien cumplidos los

diecinueve, se me pasó la adolescencia sin vivirlas, y lo que no te toca la fibra cuando eres muy joven no te puede calar de adulto.

No las disfruto, pero me gustan. Y ahora, tanto el que antes me pedía un pregón en condiciones como toda la corporación municipal, que ya está completamente arrepentida de haber puesto en mis manos esta responsabilidad, dirán: «¿Eso cómo es posible?». Es posible. Pues aunque prefiera las iglesias silenciosas, las procesiones tristes, no beba, el cordero me dé alergia, trasnochar me aburra horriblemente, se me haya pasado ya desde hace siglos la edad bailonga y nada me deprima más que las alegrías multitudinarias, defendería la celebración de estos días patronales hasta las últimas consecuencias; hasta el punto de considerar que estos dos últimos años sin fiestas por culpa de las medidas restrictivas han sido un sacrificio inútil, un atraco a la alegría y una auténtica aberración. Os aseguro que, pregonera o no, se me esponja el alma al pensar que esta costumbre vuelve por sus fueros con tantas ganas retrasadas que harán que el San Agustín de 2022 sea memorable.

Las fiestas son mucho más que sus manifestaciones externas. Son la celebración de una forma de ser, de vivir, de amar, de encontrarse y sentir que todos juntos hacemos un único individuo que disfruta, late y respira a la vez. Las fiestas de San Agustín son el homenaje a la comunidad de La Vid, que no lo tuvo nada fácil para convertirse en lo que es. Los vecinos de esta localidad vivieron algo por lo que la mayoría de las personas no han tenido que pasar y que realmente va mucho más allá de abandonar tierras y casas o trabajar lo impensable para hacerse con las nuevas.

Quienes ocuparon esta localidad a partir de los años 50 hicieron algo mucho más difícil, algo que no deseaban hacer, para lo no estaban preparados y para lo que nadie los ayudó: pasar de ser linarenses a vitenses; inventarse lo que era ser vitense y convertir esta fiesta en algo que los definiera. ¿Alguien se ha parado a comparar la vieja imagen de San Juan que se trajo desde Linares y la de San Agustín del Monasterio? Ese San Juan Bautista parecía recién salido de una gruta de las hoces, cubierto de pieles y con una oveja a los pies. Es un buen santo para la devoción de un pueblo acostumbrado a los cortados, al ganado y al cultivo de cereal. Sin embargo, San Agustín, con su mitra, su báculo en una mano y un libro en la otra es un santo noble, refinado, intelectual, más cercano al anaquel de una biblioteca o al asiento de una cátedra que a la parva o el esquileo. ¿Cómo lo mirarían los antiguos

linarenses cuando saliera, si es que salió, ese primer 28 de agosto? ¿Qué pensarían? Y, sobre todo, ¿cómo aprendieron a hacerlo suyo, a hacerle el protagonista de su fiesta? No sé contestar a esa pregunta, pero sé que lo hicieron: se inventaron su propio San Agustín como se crearon de la nada la identidad de este pueblo.

Lo vemos como algo normal, pero no lo es: somos hijos, nietos y bisnietos de fundadores. Por eso, lo poco que este pregón tiene de pregón va dedicado a ellos: a los que siguen vivos, cada vez menos, y a los que nos dejaron, pero continúan presentes en esta plaza; de otra manera, sin ser vistos, pero dispuestos a ser sentidos si nos abrimos a la maravilla de su presencia. No solo están aquí los que nos dejaron hace tan poco que parece casi imposible —Leocadio García, Felisa Peña, Joaquín Gil—, sino cada uno de los fundadores que ha vivido a nuestro lado haciendo como si lo conseguido fuese algo corriente, cuando, en realidad, es una de las mayores aventuras que conozco.

Os rogaría que cada uno de vosotros pensara en uno de esos fundadores que ya no está. Repetid su nombre. Repetid sus nombres hasta que los oigáis tan fuerte que esta plaza se llene de ellos. Hasta conseguir que esta plaza quede abarrotada como nunca ha estado y, entonces, ahora, cuando ya está tan llena como jamás se ha visto por la presencia de todos sus fundadores aquí junto a nosotros, el sonido de nuestras voces suene tan alto que se oiga más allá del pueblo, más allá del monte, más allá de las viñas de Castillejo, de los páramos y los cortados, que se oiga cuando gritemos:

VIVA LINARES DEL ARROYO

VIVA LA VID

VIVA SAN AGUSTÍN